

Sergei Georgievich Grigorev

(1918 - 1984)

Yendo al festival 1957

óleo sobre lienzo

Donación de John y Lisa O'Brien

En *Yendo al festival*, hombres y mujeres comparten en un tren un momento espontáneo de conexión. Los rostros se iluminan con la conversación y la risa cuando unos desconocidos se convierten en compañeros. Esta animada escena nos recuerda que estos momentos suelen ser más enriquecedores cuando se reúnen personas con diferentes experiencias vitales. Los encuentros con quienes ven el mundo de forma diferente pueden ampliar nuestras perspectivas, cuestionar nuestras suposiciones y profundizar nuestro sentido de comunidad. ¿Cuándo te has sentido enriquecido con una conexión con alguien diferente a ti?

Más información sobre raza y etnia en la Unión Soviética aquí:

Sergei Georgievich Grigorev (1918 - 1984)

Yendo al festival 1957

óleo sobre lienzo

Muchos estadounidenses no son conscientes de lo diversa que era la Unión Soviética. Abarcaba 14 repúblicas y en ella convivían cientos de grupos étnicos, idiomas, religiones y culturas, por lo que representaba un extraordinario abanico de identidades.

Oficialmente, el gobierno promovía el comunismo como un sistema unificador en el que todos los ciudadanos, independientemente de su etnia, nacionalidad o credo, serían iguales. El ideal era que todo el

mundo se identificara ante todo como “soviético”, y que las demás identidades quedaran relegadas a un segundo plano. En teoría, los rusos y los no rusos tenían el mismo estatus legal, y la diversidad cultural debía existir dentro de un marco de valores socialistas compartidos.

En la práctica, sin embargo, persistían las jerarquías étnicas, y la lengua y la cultura rusas seguían siendo dominantes. El “ciudadano soviético modelo” casi siempre se presentaba como étnicamente ruso, y la movilidad ascendente a menudo dependía de hablar con fluidez el ruso y de la alineación con las normas rusas. Muchas políticas y programas, especialmente durante el liderazgo de Stalin, tenían como objetivo debilitar a los grupos étnicos y arrebatarse el poder a los líderes étnicos. Muchos grupos fueron objeto de persecución y limpieza étnica. Esto incluyó la deportación forzosa de coreanos, chinos, calmucos, tártaros de Crimea y cosacos en el este y el sur, con deportaciones similares de alemanes, polacos, finlandeses, estonios y letones en el oeste. Chechenos, ingusetios, armenios, azerbaiyanos, turcos, kurdos, hemshilis, karacháis, balkarios y miembros de otras minorías fueron reubicados a la fuerza en Kazajistán y Siberia. Estas deportaciones y reubicaciones involuntarias provocaron cientos de miles de muertes.

El trato brutal a los grupos étnicos minoritarios continuó durante toda la década de 1930. Los letones fueron detenidos y fusilados en masa, mientras que los cosacos fueron objeto de genocidio. Al mismo tiempo, a los judíos se les negaban derechos de inmigración, y el Estado llegó a ordenar la ejecución de destacados autores yidis.

Sin embargo, a pesar de las duras realidades en el territorio, la retórica antirracista de la Unión Soviética sonaba convincente en el resto del mundo. Líderes soviéticos como Lenin y Trotsky observaron de cerca las relaciones raciales en los Estados Unidos, utilizando las leyes segregacionistas de Jim Crow y la opresión de los afroamericanos como evidencia de los fracasos del capitalismo. La propaganda soviética de las décadas de 1920 y 1930 describía a los Estados Unidos como una sociedad brutal y racista, en contraste con las creencias supuestamente igualitarias de la URSS.

La cultura visual soviética promocionaba el antirracismo y la igualdad de género. Carteles, películas, pinturas y periódicos mostraban regularmente la imagen del trabajador negro consciente y revolucionario como protagonista. Estos mensajes tuvieron resonancia en el extranjero e incluso inspiraron a decenas de afroamericanos a viajar a la Unión Soviética. En realidad, el racismo soviético no se dirigía a los visitantes negros, sino a las minorías étnicas dentro de sus propias fronteras.

A principios de la década de 1930, la Unión Soviética reclutó activamente a trabajadores, artistas y expertos agrícolas afroamericanos para ayudar a construir su visión socialista. El músico Paul Robeson y el poeta Langston Hughes viajaron allí como embajadores culturales. Un grupo de especialistas agrícolas negros del Instituto Tuskegee ayudó a modernizar la producción de algodón en Uzbekistán. Entre ellos estaba Joseph Roane, que trabajó estrechamente con los agricultores uzbekos para mejorar el rendimiento de las cosechas. Él y su esposa incluso bautizaron a su hijo Yosif Stalin Roane antes de regresar a Estados Unidos.

En la década de 1950, con las fronteras más abiertas, la URSS empezó a invitar a estudiantes de África, Asia y América Latina a estudiar en universidades de Moscú, a menudo de forma gratuita. Esta iniciativa formaba parte de una estrategia más amplia de la Guerra Fría: a medida que surgían nuevas naciones africanas independientes, la Unión Soviética se posicionaba como aliado global de las luchas anticoloniales. Los dirigentes soviéticos planteaban la pregunta: ¿Por qué aliarse con los Estados Unidos, un país que seguía negando derechos a los afroamericanos, cuando la URSS afirmaba ofrecer igualdad?

Aunque estos gestos promovían la imagen de una sociedad libre de racismo, las realidades cotidianas de la Unión Soviética con frecuencia contaban una historia diferente. La profunda diversidad étnica, desde Asia Central hasta el Cáucaso y el Báltico, se encontraba a menudo bajo el control central en lugar de un verdadero pluralismo. Puede que el ideal soviético fuera la unidad más allá de la raza y la etnia, pero sus realidades estaban moldeadas por las persistentes complejidades de la identidad, el poder y el dominio cultural.